

En esto pensad

Filipenses 4:8

Lecturas de edificación cristiana

Contenido

Cristo en el trono de Dios	109
Los sufrimientos del Señor Jesús	115
¿Por qué el Señor escogió a Judas?	125
La esposa del Cordero	127
Meditación sobre el Cantar de los Cantares	131
El tiempo del Despertar	135

Año V. N° 4

Julio - Agosto 2000

EN ESTO PENSAD

LECTURAS DE EDIFICACION CRISTIANA

Es una publicación de distribución gratuita que se sostiene con las oraciones y la contribución de los hermanos que deseen colaborar.

Para toda comunicación referente a la publicación, sírvase dirigirse a:

Roberto Jorge Arakelian
Cap. Cairo 546
(1842) Monte Grande
Buenos Aires
Argentina

©2000 Todos los derechos reservados. Editor: Jorge Arakelian.

Los artículos editados en otros idiomas se han traducido con el permiso de sus editores. Derechos de traducción reservados. Permiso de reproducción únicamente de forma completa y sin cambios. Queda prohibido utilizar este material con fines comerciales y/o cobrarlos

NOTAS ACLARATORIAS

Las citas bíblicas utilizadas en esta publicación son tomadas de la versión Reina-Valera Revisada en 1960. Sin embargo, hay ocasiones en que la claridad del texto requiere el empleo de diferentes versiones, tales como la Versión Moderna u otras. Excepcionalmente, puede ser necesaria la traducción directa de la versión usada por el autor de un determinado artículo. En cada caso se indicará la versión empleada.

Abreviaturas:

BAS	=	Biblia de las Américas
RV 1909	=	Reina-Valera Revisión 1909
RVR 77	=	Reina-Valera Revisión 1977
RVA	=	Reina-Valera Actualizada 1989
VM	=	Versión Moderna (H.B.Pratt, revisión 1929)
N.T.I. <i>Gr./Esp.</i>	=	Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español (F. Lacueva)
VHA	=	Versión Hispanoamericana (Nuevo Testamento)

(*M. E.*) = *Messenger Évangélique*

Las citas bíblicas textuales se encuentran entre comillas: “ ” y las citas no bíblicas entre comillas: « »

CRISTO EN EL TRONO DE DIOS

(Hebreos 1:3; 8:1-2; 10:12; 12:2)

En la epístola a los Hebreos, escrita a los hebreos cristianos, el Espíritu de Dios insiste de manera muy particular respecto a la relación que existe entre el trono de Dios y el Señor Jesús. Y todo aquel que sabe lo que es Dios y lo que es el hombre, no tiene necesidad de pensar mucho para darse cuenta del inmenso valor que reviste esa insistencia.

Hay dos cosas que los judíos, como tales, nunca admiten, y cuyo rechazo dio pie a la gran dificultad que comenzó a provocar el hundimiento de su nación. Y ese rechazo constituye hasta hoy el gran engaño que envuelve al judaísmo.

La primera de esas dos cosas es la verdad de que Dios descendió hasta el hombre, de que Él descendió realmente, de que no se limitó a dar simplemente una revelación de sí mismo. Los judíos habrían admitido fácilmente este último punto: su régimen anterior se fundaba completamente en una manifestación de la presencia de Dios. Pero una presencia real, personal, de Dios en la tierra, un Dios hecho hombre, verdaderamente hombre, es algo totalmente extraño al judaísmo. El sistema establecido por sus rabinos lo rechaza absolutamente y a muerte.

La segunda gran verdad a la cual el judaísmo ofrece tanta oposición es no solamente el hecho de que Dios descendió, sino también de que el hombre puede subir y encontrarse con Dios. El judaísmo, como tal, tiene su lugar en la tierra, es esencialmente para el mundo; incluso en su aspecto más elevado, no es celestial sino terrenal. Al respecto, las intenciones de Dios y los gloriosos designios que ha reservado para Israel tienen en vista la bendición de este pueblo en la tierra, aunque, no lo dudo, cuando los caminos de Dios para con la tierra hayan llegado a su fin, los creyentes judíos, como todos los demás creyentes, hallarán su lugar en los nuevos cielos y

en la nueva tierra, con un cambio de condición. Pero en el curso de las dispensaciones terrenales, el judaísmo no encuentra su lugar en los cielos, sino en la tierra. Por eso, la idea de que un hombre pudiese estar en el cielo era absolutamente inconcebible en la mente judía. De modo que en la epístola dirigida a los hebreos, el Espíritu Santo tiene especial cuidado de dar el más fuerte énfasis a estas verdades, fundándolas asimismo en los documentos antiguos y divinos que poseían los judíos. El Salmo 110 guarda una muy estrecha relación con toda la doctrina de la epístola a los Hebreos; aun nuestro Señor, en una muy crítica ocasión se sirvió de este salmo y lo expuso frente a los judíos (Mateo 22:41-46).

El Señor Jesús cuando está sentado en el trono de Dios es visto bajo diversos aspectos. En el capítulo 1 se lo considera en relación con su gloria personal. El Mesías era divino. No sólo había sido alzado a lo alto, Dios no solamente lo había exaltado por sobre sus compañeros, lo cual era verdad, sino que también era Dios. Aquel que era un hombre, era Dios; Aquel que era Dios se había dignado a hacerse hombre. Y al subir al cielo, no solamente subió allí como Dios, sino como hombre. De este modo, en Él, Dios descendió a la tierra y el hombre subió al cielo. Él no había dejado de ser Dios; no podía dejar de ser lo que era, pero llevó a lo alto la humanidad, ligada por la eternidad con su propia Persona. En su Persona, la humanidad misma está en el trono de Dios. Eso es lo que en este pasaje se encuentra vinculado con la obra que Él cumplió. Porque es evidente que a los ojos de Dios, el valor de la obra depende de la gloria de la persona que la realizó. Esto se ve también entre los hombres. ¿Quién supondría que una acción depende de sí misma y no de la persona que la llevó a cabo? Las mismas palabras, pero pronunciadas por personas de caracteres completamente diferentes y en situaciones diferentes, necesariamente tienen y deben tener efectos diferentes. Esto nos enseña qué poderosa fuente de fuerza y bendición encuentra el creyente al considerar y proclamar firmemente la gloria eterna de la persona de Jesús. Por

eso en estos versículos se dice que Él es “el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia”.

De paso, observemos que no es la imagen de una «persona», porque cada persona es ella misma: el Padre es el Padre, el Hijo es el Hijo y el Espíritu Santo es el Espíritu Santo. Jamás se dice que Cristo sea la imagen del Padre; Él es la imagen del Dios invisible. La palabra que tenemos aquí no se encuentra en ningún otro lugar. Es la “sustancia”.

“Quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros (o: de los) pecados por medio de sí mismo.” La criatura no podía participar de esto; Jesús, persona divina y gloriosa, emprendió la obra solo; Él no habría querido ocupar su estrado antes de haberla cumplido perfectamente. No se sentó allí sino hasta después de haber “efectuado la purificación de los pecados por medio de sí mismo”. Sólo entonces, y no antes —no antes de que el pecado hubiese sido quitado completamente—, Él se sentó a la diestra de la Majestad en lo alto. Así, nuestros pecados son quitados según la perfección del lugar de gloria que Él ocupa ahora. El Señor Jesús no solamente tomó su sitio en el trono de Dios como persona divina. Él era y es para siempre una Persona divina; si no lo hubiese sido, no habría podido sentarse allí como lo hizo; pero Él está glorificado sobre ese trono porque efectuó por medio de sí mismo la purificación de los pecados, y sólo después de haberlo efectuado. ¡Qué perfecto testimonio para el creyente! ¡Los pecados fueron quitados absolutamente! De este modo, Dios, en su gracia, pero con una sabiduría perfecta, reúne nuestra fe en la gloria personal del Hijo, con la percepción que tenemos de su lugar actual como Hombre glorificado, y con el gozo que produce la abolición de nuestros pecados ante Dios. No podemos separar estas cosas sin sufrir un daño. Si dejamos una de ellas de lado, las otras no tendrán la misma fuerza. Si se omite la gloria de Cristo, ¿cómo se podría experimentar la eficacia de su redención en la remisión de pecados? Pero si nos ape-

gamos firmemente a su gloria personal, podemos conocer el perdón según la gloria de su sitio en el trono. Si Él fue glorificado sobre ese trono después de haber tomado nuestros pecados sobre sí mismo, se debe, necesariamente, a que todos ellos han sido quitados absolutamente.

En el capítulo 8 hallamos una visión del trono completamente diferente. Otrora éramos esclavos del pecado, y aún tenemos que luchar contra él, aunque teniendo el derecho de tenernos por muertos al pecado a causa de la muerte y la resurrección de Cristo. Creyendo en el Señor Jesús y en el perdón de nuestros pecados por medio de Él, somos colocados en una relación viva con Dios, habiendo sido quitados nuestros pecados, y habiendo sido juzgado el pecado en la cruz. En consecuencia, el pecado es considerado como siéndonos extranjero, porque la naturaleza en la cual estamos en relación con Dios no tiene pecado, y porque la vieja naturaleza es un obstáculo constante que aprendemos a aborrecer. Pero como de hecho nosotros tenemos siempre nuestra vieja naturaleza, aunque librados de ella por la fe, estamos expuestos a ver a Satanás sirviéndose del mundo para obrar sobre nuestra carne. Tenemos, pues, necesidad de un sacerdote, y tenemos uno, el mejor que Dios podría darnos, el único en quien se puede confiar. “Tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos.” Aquí hallamos la gloria de nuestro sacerdote; esta misma gloria está vinculada tanto con su sacerdocio como con su obra expiatoria y su persona. Y vemos que como sacerdote Él no podría encontrarse en un lugar menos elevado que el mismísimo trono de Dios. Dios lo hizo sentar allí. Tal es el testimonio dado a la gloria de Aquel que intercede por nosotros y que se ocupa de hacernos atravesar el desierto.

Pero en el capítulo 10 hallamos el vínculo íntimo del sacrificio con el sacerdocio. “Pero éste (Cristo), habiendo ofrecido un solo sacrificio por los pecados, se sentó para siempre (o: a perpetuidad) a la diestra de Dios” (v. 12; RVA). Él no se sentó por un corto lap-

so de tiempo; el sacrificio fue perfecto y sus resultados son definitivos; por eso se sentó de manera permanente a la diestra de Dios. No existe nada más que hacer en cuanto a la abolición de nuestros pecados. Sin duda, Él descenderá del cielo para presentarse a sí mismo a su Esposa y también para juzgar al mundo. Pero en relación con la abolición de nuestros pecados, no se levantará jamás de ese trono: el hecho de que Él se encuentre allí es la garantía de que el pecado fue quitado. Si miramos el trono y estamos seguros de que el Hijo de Dios está sentado allí, no deberíamos ni siquiera poder plantearnos una sola cuestión en relación con nuestros pecados. Ellos fueron quitados. Hay personas que piensan que aseverar esto hace que corramos el riesgo de disminuir nuestro horror al pecado, pero es una objeción basada en la incredulidad, no en la santidad. Esas personas pueden dar la apariencia de tener celo respecto a lo que es bueno, pero en realidad tal pensamiento proviene de la ignorancia en cuanto a Dios, y de la incredulidad en cuanto al poder del sacrificio de Cristo. El creyente debe aborrecer el pecado y combatir contra él, porque su nueva naturaleza tiene aversión al pecado; pero además porque sabe cómo fue obtenida la victoria antes del principio de nuestro andar como creyentes. Tenemos que andar de manera consecuente con la verdad de que nuestros pecados están abolidos. Transigir con el pecado y complacerlo equivale a perder de vista la liberación que Cristo operó a favor de nosotros, es manifestar la naturaleza humana alejada de Dios y andar desconociendo —por incredulidad— el lugar de bendición adonde Cristo nos introdujo por medio de su sangre.

Pero existe aún un cuarto pasaje donde hallamos mencionado el trono. En el capítulo 12, versículo 2, Jesús está sentado a la diestra del trono como testigo de que Dios está **contra** el mundo y **por** Aquel a quien el mundo rechazó como autor y consumidor de la fe, como el modelo perfecto de la fe de un hombre en la tierra. Como tal, Él sufrió. Cuanto más grande era la fe, tanto mayor el sufrimiento. El Señor Jesús no solamente es el objeto de la fe para

otros, sino que Él mismo se dignó a venir a ser hombre (y un hombre de fe); y como hombre experimentó todo el sufrimiento, como también todo el gozo de la fe, así como está escrito: “El cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios.” No se trata de que lo que había de recibir haya conducido al Señor hasta allí, se trata de su propia gracia, pero “el gozo” estaba “puesto delante de él”. Sin duda, Él poseía todas las cosas y no tenía necesidad de nada de lo que se le pudiese dar; del mismo modo, no se podría decir que para el creyente la recompensa sea el motivo determinante puesto delante de él. El creyente no comienza su carrera en la tierra a causa de la gloria que va a tener en el cielo. La comienza por efecto de la gracia de Dios revelada en su corazón; esto es lo único que separa del mundo y libera de sí mismo a un hombre; es el efecto de la perfecta obra de la redención. Él sabe que comienza con el favor de Dios y siente el estímulo de la gloria que tendrá al fin de su carrera. La plenitud del amor fue lo que hizo que el Señor descendiera a la tierra; pero cuando se encontró aquí en medio de los pecadores y rechazado en todas partes y por todos, el pensamiento de los resultados que obtendría en el porvenir lo sostuvo en su vida de amor: “Por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio.” Dios le respondió haciéndolo sentar “a la diestra del trono de Dios”, precisamente en el momento en que todo parecía arruinado, pues lo último que el mundo vio de Jesús fue su cruz. Aparentemente, el hombre, hasta donde éste podía discernir, había obtenido una victoria total sobre el Hijo de Dios. Los designios de Dios parecieron hundirse en la cruz de Jesús. Él era el único hombre justo, el único juez justo, el amo señalado del mundo; sin embargo, no recibió el trono sino la cruz. Él era el Mesías de Israel, pero el despreciado y rechazado por los hombres. Era el objeto de la fe de los discípulos, pero todos lo abandonaron y huyeron. Parecía no quedar nada más que un montón de ruinas. Pero la fe no mira ni la tierra ni al hombre; ella mira a Dios

y ve que el hombre rechazado y crucificado por el mundo está sentado en el trono de la gloria de Dios. Y cuando llegue el momento en que Dios lo manifestará en gloria, ¡cómo derribará todo pensamiento humano y probará que únicamente la fe siempre tuvo razón! Y la fe sólo tiene razón porque es la respuesta del corazón del hombre a la revelación de Dios.

Mientras nos regocijamos en tal Salvador y en la parte que tenemos como esperanza, pero como posesión actual, con la seguridad de ser glorificados muy pronto con Él, ¡que el Señor nos conceda, en medio de esta escena de miseria, la bendición de mirar con gozo ese trono de donde descenderá para recibirnos Él mismo en la casa del Padre!

B.T. (M. E. 1949)

LOS SUFRIMIENTOS DEL SEÑOR JESÚS

(Extracto de meditaciones de M. Tapernoux)

(Viene de la página 81)

«Tú sufriste el tormento supremo
Oh amado Salvador»

Las horas anteriores a la cruz

El tema del que nos ocuparemos ahora, queridos hermanos y hermanas, trata de “la noche que fue entregado” el Señor Jesús. El momento de la muerte estaba cerca. Satanás, a quien Cristo había atado al comienzo de su ministerio y a quien luego le había “saqueado sus bienes” (cf. Mateo 12:29), intentará un nuevo asalto. En otra parte, en el capítulo 4 del evangelio de Lucas, leemos que “cuando el diablo hubo acabado toda tentación, se apartó de él

por un tiempo” o, como también puede traducirse, “hasta un tiempo oportuno”. He aquí que llega ese “tiempo oportuno”. Es el tiempo en el cual el enemigo movilizará todas sus fuerzas para quebrantar y aterrar, si fuese posible, al hombre perfecto que quiere permanecer obediente a su Dios. La intención de Satanás era hacer que Jesús desviara su curso en el camino de obediencia; y si hubiera logrado su objetivo, la obra de la cruz nunca habría sido cumplida. ¡Qué victoria habría obtenido el diablo! Pero Jesús había dicho a sus discípulos (según leemos al final del capítulo 14 del evangelio de Juan): “Viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí.” Satanás no podía hallar en Cristo, en Su ser moral, ningún punto donde poder atacarlo, nada para hacerlo desviar del camino de obediencia en el cual Él se había enrolado. Entrando en el mundo, había dicho por el Espíritu profético: “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad”, y va a dar prueba de ello durante las horas que pasó en Getsemaní.

Sí, Satanás viene, ¡Satanás está allí! Y entonces, ¡qué combate!, ¡qué angustia! Volvamos a leer lo que Jesús dice a los tres discípulos que había tomado con él cuando “comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera” (cf. Mateo 26:36-46). Y si pudiésemos resumir en dos palabras esta escena tan conmovedora —sobre la cual nunca podríamos meditar suficientemente—, estas palabras serían: **sumisión** y **angustia**. Por un lado vemos perfecta sumisión; por otro angustia anticipada de lo que sería la copa que iba a recibir de la mano del Padre. Y Satanás se servía de esta angustia para tratar de hacer retroceder a Jesús, a fin de que no hiciera la obra que iba a llevar a cabo.

Una copa llena de la ira de Dios; una copa que implicaba ser abandonado por Dios y descender a las profundidades del abismo donde Jesús estaría solo y donde no tendría ninguna de las consolaciones del amor de Dios.

Él vio todo esto anticipadamente y comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera, diciendo a los tres discípulos: “Mi

alma está muy triste, hasta la muerte.” A los ojos del Señor Jesús, la muerte representaba la debilidad total, absoluta, del hombre; la victoria de Satanás, el apogeo del poder de éste. Era también el castigo del pecado, la justa venganza de un Dios que no podía renunciar a ninguna de las exigencias de su santidad y de su justicia. La muerte representaba todo esto para nuestro amado Salvador, para Aquel que a lo largo de toda su carrera sólo tenía un deseo, y que podía declarar acerca de su relación con el Padre: “Yo hago **siempre** lo que le agrada” (Juan 8:29).

He aquí ahora el camino que, con todo su horror, se abría ante Jesús en Getsemaní. De ahí esa angustia y tristeza hasta la muerte. Los profetas lo habían anunciado en un pasaje del Salmo 55: “Mi corazón está dolorido dentro de mí, y terrores de muerte sobre mí han caído. Temor y temblor vinieron sobre mí, y terror (o: estremecimiento de terror) me ha cubierto” (v. 4-5).

Este estremecimiento de terror oprimió el alma de nuestro amado Salvador durante la hora de Getsemaní, cuando tenía ante sí la cruz y todos los sufrimientos, no sólo físicos, sino también morales, que le esperaban. Él, el Santo y el Justo, sabía que iba a ser hecho pecado; sabía que iba a ser la propiciación por los pecados; sabía que iba a ser hecho maldición, porque está escrito: “Maldito todo el que es colgado en un madero.” Él sabía que iba a ser abandonado por su Dios, de quien no había cesado de gustar la comunión a lo largo de toda su carrera terrenal; sabía que iba a pasar por la muerte, la paga del pecado, y otro sufrimiento se agregaba aun a todos los demás: como hombre no le era indiferente tener que morir a los treinta y tres años. Leamos lo que Él dice mediante el Espíritu profético en el Salmo 102: “Él debilitó mi fuerza en el camino; acortó mis días. Dije: Dios mío, no me cortes en la mitad de mis días” (v. 23-24). ¿Por qué se sentía oprimido por el pensamiento de ser cortado a la mitad de sus días? La respuesta se nos da en el último versículo del Salmo 55: “Tú, oh Dios, harás descender aquéllos al pozo de perdición. Los hombres sanguinarios y

engañadores no llegarán a la mitad de sus días.” ¡Él iba a ser asemejado a los hombres sanguinarios! ¡Iba a ser tratado como un malhechor! Cristo también iba a sufrir el juicio que Dios pronuncia contra esos hombres que son retirados a la mitad de sus días.

La copa que Jesús iba a recibir de la mano del Padre contenía todo esto, lo cual nos explica su angustia por todo lo que se presentaba entonces ante él. Esta angustia se nos describe en el evangelio de Mateo, pero en el de Lucas hallamos algunos detalles suplementarios. En el capítulo 22 dice: “Y estando en agonía, oraba más intensamente” (v. 44). Cuanto más Satanás lo atacaba, tanto más Jesús confiaba en Dios e invocaba su socorro. Un ángel vino a fortalecerlo, pero la lucha prosiguió, la angustia no cesó y “era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra”. He aquí hasta dónde llegó la angustia de nuestro Señor Jesús, angustia que no tiene parangón y que ningún hombre soportó jamás. Y si insistimos en estos puntos lo hacemos a fin de poder penetrar algo en ellos con el auxilio del Espíritu. En el evangelio de Mateo lo vemos postrándose sobre su rostro; en el de Marcos, postrándose en tierra; en el de Lucas, poniéndose de rodillas. En Mateo, con el rostro hacia la tierra, se dirige a Dios diciendo: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa”, pero agrega inmediatamente: “Pero no sea como yo quiero, sino como tú.” En Marcos emplea términos aún más fuertes: “Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa.” Él emplea estos términos como un imperativo, pero al cual le sucede inmediatamente la expresión de una sumisión total. Y en Lucas su súplica toma el carácter de un combate. Pero de tal combate, adonde Dios envió un ángel para fortalecerlo, Jesús salió victorioso.

He aquí que lo vemos levantarse con perfecta serenidad, pues ha tomado de la mano del Padre la copa que él le ha dado a beber. Jesús la recibió, pues estaba plenamente de acuerdo con el Padre. Y si se adelanta para cumplir la obra que Dios le había confiado que hiciese, lo hace porque es soberano y lo demuestra presentán-

dose delante de aquellos que fueron a arrestarlo. Victoria total de nuestro amado Salvador, victoria a la cual le sucederá otro triunfo: el de la cruz.

Pero nos es preciso hablar de los discípulos que, en esta circunstancia, le causaron al Señor una pena adicional. Él había pedido a esos tres discípulos: “Quedaos aquí, y velad conmigo.” No les había pedido que orasen **por** Él, sino que velasen **con** Él. Había deseado la presencia de ellos, su vigilia. Pero cuando volvió a ellos después de su primera oración, los halló durmiendo; entonces les dijo: “¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora?”, y les dirigió una exhortación: “Velad y orad (no por mí, sino por **vosotros**), para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil.” Luego el Señor se fue; volvió por segunda vez “y los halló durmiendo, porque los ojos de ellos estaban cargados de sueño.” ¡Qué sufrimiento fue para el Señor! Ninguna compasión de parte de sus discípulos, ningún interés, ninguna participación en su dolor: “los halló durmiendo”! No nos corresponde condenarlos, pero pensamos en Jesús, en Aquel que en el combate que sostenía con Satanás, y a favor de nosotros, había deseado sentir que los suyos velaban con él a la distancia del tiro de piedra que los separaba. Él no les había pedido ninguna otra cosa, ¡pero no obtuvo ni siquiera ese poco que les pidió! Fue necesario que un ángel —una criatura que no tenía el mismo interés que los hombres en el combate que Él reñía— viniera a fortalecerlo. Ya hemos citado el pasaje del Salmo 69 en el que Cristo, por el Espíritu profético, puede decir: “Esperé quien se compadeciese de mí, y no lo hubo; y consoladores, y ninguno hallé” (v. 20). Los discípulos lo dejaron y huyeron rápidamente. Sufrimiento sobre sufrimiento, tal fue la parte de Cristo. Y podemos citar aún el versículo del Salmo 88 que dice: “Has alejado de mí al amigo y al compañero, y a mis conocidos has puesto en tinieblas (o: y mis conocidos me son tinieblas)” (v.18). Agradecemos a Dios por habernos dado, en los libros de los profetas y en los sal-

mos, pasajes que nos permiten penetrar de manera más precisa en lo que fue el sufrimiento de nuestro Amado. El profeta Zacarías había anunciado: “Levántate, oh espada, contra el pastor, y contra el hombre compañero mío, dice Jehová de los ejércitos. Hiere al pastor, y serán dispersadas las ovejas” (13:7); y, en efecto, en Mateo 26 leemos: “Entonces todos los discípulos, dejándole, huyeron” (v. 56).

La traición de Judas

Durante la noche en que el Señor fue entregado, otros dos motivos de sufrimiento agobiaron su alma. El primero fue la traición de Judas. Fue entregado por uno de los suyos, por uno de aquellos que lo habían seguido a lo largo de su ministerio, ¡qué inmenso dolor! Judas se había beneficiado con los cuidados brindados por su Maestro. El Señor le había manifestado una confianza muy particular, puesto que en Juan 12 leemos que se le había confiado la bolsa; pero él robaba lo que se echaba en ella porque era ladrón.

El Espíritu de Dios otorga una importancia particular a la traición de Judas, pues en el evangelio de Juan, cada vez que es mencionado su nombre, se añade: “El que le entregaba”, y en el capítulo 6 del mismo evangelio, el Señor puede decir: “Uno de vosotros es diablo” (v. 70).

De modo que podemos comprender algo de lo que fue para el Señor el hecho de haber tenido en su huella a aquel del cual sabía que lo entregaría, que sería el traidor (Salmo 55:12-14). Y ¿bajo qué condiciones entregó a su Maestro? ¡Judas amaba el dinero! Esto se advierte en las palabras que dirigió a los principales sacerdotes: “¿Qué me **queréis dar**, y yo os lo entregaré?” Treinta piezas de plata, ¡eso le bastó! Se sintió satisfecho de recibir treinta piezas de plata por entregar al Señor Jesús a sus enemigos y conducirlo a la muerte.

Si avanzamos más, vemos de qué manera pérfida e infame Ju-

das entregó a su Maestro: ¡buscaba una **buena** ocasión! En Marcos 14 leemos que “buscaba **oportunidad** para entregarle” (v. 11). Acercándose al Señor exclamó: “¡Salve, Maestro!” y lo besó efusivamente, es decir con una señal particular de afecto, pero de afecto fingido. Jesús le respondió: “Amigo, ¿a qué vienes?”, y le dijo: “Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?” Pero ya nada podía alcanzar su conciencia, porque después de haber recibido el bocado de pan mojado de la mano del Señor, lo cual era un particular gesto de amistad, Judas endureció aún su corazón. Entonces Satanás entró en él y desde entonces nada podía detenerlo.

La negación de Pedro

Pero era necesario que a ese sufrimiento se agregase aun el que le causaría la negación de Pedro.

En el relato que registra Mateo 26:69-75, notamos una creciente gradación en las tres negaciones de Pedro. La primera vez, Pedro negó al Señor delante de todos, diciendo: “No sé lo que dices.” La segunda vez, lo negó con juramento, afirmando: “No conozco al hombre.” Y la tercera vez, comenzó a maldecir y a jurar: ¡“No conozco al hombre”! ¡Cuán grande pena debió sentir el Señor frente a la cobardía de su discípulo! ¡Y qué desprecio notamos en las palabras de las cuales se sirvió Pedro para negar al Señor! Decía: “No conozco a **este hombre**”, de aquel a quien él mismo había declarado: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mateo 16:16), y también, algunas horas antes: “Señor, dispuesto estoy a ir contigo no sólo a la cárcel, sino también a la muerte” (Lucas 22:33).

Por cierto que Pedro amaba al Señor Jesús, pero confiaba en su amor propio: “**Dispuesto estoy** a ir contigo.” El Señor dejó que experimentara lo contrario debido a esa flaqueza, después de haberle advertido: “Antes que el gallo cante, me negarás tres veces.” Y el evangelio de Lucas menciona que a la tercera nega-

ción, cuando cantó el gallo, “vuelto el Señor, miró a Pedro”. ¡Oh, la mirada de Jesús! Mirada ciertamente llena de una tristeza indecible, pero también llena de gracia, pues Jesús tenía en vista la restauración de su querido discípulo. Lo que despertó a Pedro y lo llevó a recordar las palabras de Jesús, no fue el gallo que cantó, sino Su mirada. Y sabemos lo que siguió; con qué perseverancia, con qué conmovedor amor el Señor prosiguió esa obra de restauración, hasta llegar a confiar a Pedro nada menos que el cuidado de apacentar Sus ovejas, según lo leemos en el último capítulo del evangelio de Juan.

Volvamos a considerar la última etapa del camino de nuestro Señor. De un lado, su condenación por parte de los jefes religiosos de su pueblo, de otro, por parte de la autoridad civil instituida por Dios para hacer reinar la justicia.

¡La condenación del Justo por los jefes religiosos de su pueblo! Y podemos señalar que, desde el principio, ellos ya habían tomado su decisión. Se nos dice específicamente que ellos —todo el sanedrín o concilio— “buscaban falso testimonio contra Jesús, para entregarle a la muerte”. Ellos no procuraban establecer la verdad, no trataban de recoger **verdaderos** testimonios, sino que buscaban **falso testimonio**; y el Espíritu tuvo particular cuidado de que este detalle fuese consignado para hacer resaltar la completa responsabilidad de estos jueces culpables, que se comportaron como criminales.

Cuando los falsos testigos expusieron su falso testimonio, el Señor guardó silencio. Estuvo allí, y hasta el fin, como cordero que es llevado al matadero, como cordero mudo delante del que lo trasquila (véase Isaías 53:7; Hechos 8:32). Tal como lo anuncia el Salmo 38, estuvo allí “como si fuera sordo... como mudo que no abre la boca” (v. 13). ¡Qué misterio! Pero he aquí que, repentinamente, Caifás, el sumo sacerdote, alzó la voz y le dijo: “Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios.” Entonces, frente a tal conjuro, aquel que es la Verdad res-

pondió: “Tú lo has dicho.” Y agregó estas solemnes palabras: “Además os digo, que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo” (Mateo 26:64).

Entonces Caifás, al escuchar la respuesta del Señor impulsó la decisión. Pero notemos bien que no son los **falsos** testimonios de los hombres ante el sanedrín, así como ante Pilato al llegar la mañana, los que constituyeron el motivo de su condenación. Fue su propio y **verdadero** testimonio, el testimonio a la verdad, el testimonio de lo que Él era: “Yo soy el Hijo de Dios.” Esto fue lo que provocó en esos malos hombres la decisión de condenarlo: “¿Qué más necesidad tenemos de testigos?... ¡Es reo de muerte!” Y ya no pudieron contener las manifestaciones de su odio contra el Señor: “Entonces le escupieron en el rostro, y le dieron de puñetazos, y otros le abofeteaban.” Se puede decir que la violencia que comenzó a manifestarse en ese momento contra el Hijo de Dios, prosiguió sin tregua hasta el momento de su crucifixión. Es preciso volver a lo que el Espíritu profético nos revela acerca de los sentimientos del Señor en esos momentos, frente a esa injusta condenación y a esos odiosos malos tratos que le infligieron los jefes de su pueblo: “Porque por amor de ti he sufrido afrenta; confusión ha cubierto mi rostro. Extraño he sido para mis hermanos, y desconocido para los hijos de mi madre. Porque me consumió el celo de tu casa; y los denuestos de los que te vituperaban cayeron sobre mí” (Salmo 69:7-9). Efectivamente, el odio de esos jefes se inflamaba contra Dios mismo; los ultrajes que dirigían al Señor estaban destinados a Dios. Entonces se cumplió esta palabra profética: “Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos” (Isaías 50:6).

Cuando compareció ante Pilato, vemos que tampoco allí las acusaciones de los judíos fueron las que motivaron la condenación de Jesús, sino más bien lo que Él mismo dijo al principio de su interrogatorio. Cuando Pilato le preguntó: “¿Eres tú el Rey de los

judíos?”, Él le respondió: “Tú lo dices.” Frente a su pueblo, Jesús proclama que era Hijo de Dios; ante la autoridad civil proclama que es el rey de los judíos. Y sobre este punto se basó la condenación del Señor por parte de Pilato, tal como lo confirma el título que éste escribió y puso sobre la cruz. En el capítulo 15 (v. 26) de su evangelio, Marcos precisa que el título escrito de **su causa** era: “El rey de los judíos”, y esto se leía en letras hebreas, griegas y latinas.

Conocemos la reacción de los jefes religiosos, que dijeron a Pilato: “No escribas: **Rey de los judíos**; sino, que él dijo: Soy Rey de los judíos”, y la respuesta del gobernador: “Lo que he escrito, he escrito.” Pilato, sin darse cuenta, era un instrumento en las manos de Dios para proclamar que, efectivamente, aquel que estaba crucificado era el Mesías, el Rey de su pueblo.

No nos detendremos a considerar la proposición de Pilato de soltar a Barrabás, ni la respuesta unánime del pueblo, instigado por sus jefes, pero esto también fue un sufrimiento que soportó nuestro amado Salvador. El pueblo prefirió a un homicida. Luego los soldados del gobernador reunieron contra Él a toda la cohorte, la compañía de varias centenas de soldados, los cuales ejercieron contra Jesús toda su brutalidad y grosería. Burla, blasfemias, violencia, nada le fue escatimado a nuestro amado Salvador; y él no abrió su boca. Pensemos en Él, en esa horrible escena: su rostro tumefacto por los golpes y cubierto de esputos. Fue flagelado, aunque, según la ley romana, sólo los criminales particularmente culpables podían ser sometidos a ese suplicio, y a pesar de que Pilato acababa de proclamar muchas veces su inocencia, diciendo: “No he hallado en este hombre delito alguno.” Sí, es preciso que lo contemplemos en esa ignominia para discernir la gloria moral que brilla en su frente. Y todos éstos no eran aún los sufrimientos que debía soportar en la cruz. Después de haberse burlado de Él, le quitaron el manto, le pusieron sus vestidos, y lo llevaron para crucificarlo... Él lo soportó todo. ¿Por qué? ¿Por obediencia a su

Dios! No podía, de ninguna manera, desviarse del camino trazado.

“Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:8) He aquí el camino que él seguía y que siguió hasta el final, hasta haber cumplido la obra de nuestra salvación.

*¿Quién este amor sondear nos diera?
de Dios el Hijo, el Creador;
para el perdido en esta tierra
Siervo fiel fue y buen Pastor.*

*Este amor que tanto se brinda
también amónos hasta el fin;
sufre el Cristo y da su vida
por un mundo perdido y ruin.*

He aquí el objeto que el Señor tenía por delante y que iba a perseguir hasta el fin, hasta el instante en que pudiera proclamar, con un grito de victoria: “Consumado es.”

(Continuará)

¿POR QUÉ EL SEÑOR ESCOGIÓ A JUDAS?

*“¿No os he escogido yo a vosotros los doce,
y uno de vosotros es diablo?” (Juan 6:70)*

A menudo se ha formulado esta pregunta: ¿Por qué el Señor escogió a Judas como uno de sus discípulos, si desde el principio sabía que lo iba a entregar (Juan 6:64)?

¿Necesitaba Jesús a alguien que fuese un traidor? Los fariseos lo necesitaban, porque no sabían dónde se encontraba por las noches,

cuando las multitudes dejaban de apretujarse alrededor de Él. Ellos buscaban “cómo echarle mano” (Mateo 21:45-46), pero tenían temor de hacerlo en presencia del pueblo y, para prenderlo, querían hallarlo en un lugar tranquilo. Por eso se alegraron cuando Judas prometió guiarlos hasta donde se encontraba el Señor cuando estaba solo con sus discípulos.

El Señor había participado de sangre y carne a fin de poder pasar por la muerte; pero para ello no necesitaba, de ninguna manera, la acción de un traidor. Él mismo podía haber dado a sus enemigos una clara indicación de sus desplazamientos.

La respuesta a la pregunta, ¿no la da el Señor mismo, cuando dice: “Uno de vosotros es diablo” (Juan 6:70)? La palabra “diablo” significa literalmente: “adversario” o “acusador”, términos que describen el título y el papel de Satanás, quien acusa a los creyentes delante de Dios día y noche (cf. Apocalipsis 12:10; Job 1:11; Zacarías 3:1). Pero él no puede mantener una acusación contra aquellos que son justificados por la sangre de Cristo. Judas, pues, era un acusador, aun antes de que Satanás hubiese entrado en él (Juan 13:27).

La elección de Judas aporta un notable testimonio de la perfección de nuestro divino Señor. Los discípulos fueron escogidos por el Señor “para que estuviesen con él” (Marcos 3:14). Durante tres años ellos lo acompañaron de día y de noche, escuchando Sus palabras y observando Sus hechos. Pero entre ellos se encontraba un hombre que jamás amó al Señor, un hombre animado por un espíritu de crítica (Juan 12:4-5), que lo servía por motivos sórdidos (Juan 12:6). Nadie resulta más apropiado para revelar las faltas de una persona, que aquel que ha vivido en la intimidad con ella. El Señor escogió a un enemigo para que formara parte de sus compañeros, a uno que era acusador por naturaleza y que se justificaba a sí mismo acusando a otros. Cuando los fariseos buscaban por todas partes a un testigo contra Jesús, ¿podían haber encontrado a uno mejor que Judas para llevar a cabo sus propósitos?

¡No había nadie como Judas, quien conocía tanto al Señor y era su enemigo! Sin embargo, Judas nunca se presentó para testificar contra el Señor. ¡Este acusador no tenía ningún motivo para presentar una acusación, pues jamás pudo hallar en Él una sola mancha o una falta! Todo lo que Judas pudo declarar fue: “Yo he pecado entregando sangre inocente” (Mateo 27:4).

¡Qué perfección se ve en nuestro Salvador! ¡Cuán grande es su gloria moral!

W.R.D. (M. E. 1992)

LA ESPOSA DEL CORDERO

“Habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró” (Mateo 13:46).

La Iglesia es llamada “la esposa del Cordero” (Apocalipsis 21:9). Pero este título tiene su significado. “El Cordero” es una figura bajo la cual se presenta al Hijo de Dios, y que nos habla de los sufrimientos que soportó por nosotros. En consecuencia, la designación “la esposa del Cordero” expresa que el Señor la ha hecho suya mediante **Sus sufrimientos**; que él la estima a un precio tal que tuvo que dejar todo por ella. Y desde el comienzo Él proclamó esta preciosa verdad del Evangelio.

Antes de que Adán recibiese a Eva, Jehová hizo caer sobre él un profundo sueño —imagen de la muerte—, durante el cual tomó una de sus costillas y formó a aquella que le presentó para que fuera su mujer. En esto vemos una sombra de la humillación y del sufrimiento que soportó el verdadero Adán, a fin de adquirir para sí mismo a su Eva, es decir a la Iglesia.

Siglos después, vemos lo mismo en Jacob, quien tuvo que soportar las fatigas y las penas de catorce años de trabajo antes de po-

seer a Raquel. Las costumbres de los países, así como las duras exigencias del ávido Labán, le habían impuesto esas condiciones. Jacob debió soportar el extenuante ardor del sol durante el día y las heladas durante la noche, un trabajo incesante y la prolongación de su exilio, o bien partir sin llevar a su amada Raquel.

José, antes de que Asenat le fuese dada por esposa, fue separado de sus hermanos.

Vemos lo mismo en Moisés, quien también debió huir lejos de su pueblo y, además, **mereció** obtener a Séfora por la ayuda que brindó defendiéndola de los pastores de Madián y luego abriéndole los pozos para abreviar las ovejas, de manera que el padre de Séfora reconoció el derecho de Moisés de pedir la mano de su hija. Fue igual con su segunda mujer. Moisés la desposó a expensas de su buena reputación frente a su parentela, ya que ella era una etíope de tez oscura, la cual, según los pensamientos de Aarón y de María, no le convenía; pero Moisés soportó el oprobio y tomó por esposa a aquella que él eligió.

En cada uno de estos matrimonios se nos presenta el **carácter** del Esposo. Tipológicamente, contemplamos en ellos al Señor Jesús adquiriendo a su Esposa, **a expensas de algo personal**: muerte, como en Adán; trabajo, fatiga y lucha, como en el caso de Jacob; separación y dolorosa soledad, como las que sufrió José, o simplemente el oprobio, estimando que hacía algo indigno de él, tal como se juzgó a Moisés desposando a la etíope. El principio que reconocemos en estas figuras es siempre el mismo: el esposo **sufriendo**.

Podríamos mencionar aún a Booz, quien es otro tipo del Señor. Booz era un hombre rico y poderoso, pero tomó en sus manos la causa de una pobre mujer que estaba espigando en sus campos; permitió que ella se le acercase, escuchó su petición y luego la tomó por esposa. Él no tuvo vergüenza de hacer que una extranjera, destituida de todo y que en la víspera dependía de su liberalidad, fuera su compañera, aquella que compartiría sus riquezas y

sus honores, que edificaría su casa y perpetuaría su nombre entre las tribus de Israel. El casamiento de Booz con Rut nos enseña pues el mismo misterio; nos enseña que el Esposo de la Iglesia, primeramente se humilló para rescatarla y hacerla suya.

Pero esta gran verdad no se muestra sólo a través de tipos y ejemplos; ella se expone también mediante la enseñanza clara y positiva de las Escrituras. Está escrito: “Cristo amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla” mediante el lavamiento del agua por la palabra. Y todo esto lo hizo para presentársela como su Esposa, sin mancha ni arruga, digna de sí mismo (Efesios 5). En este pasaje, como doctrina claramente expuesta, vemos al **Cordero como Esposo**, pues antes de tomar a la Iglesia por Esposa, **se entregó a sí mismo por ella**. Él toma por Esposa a aquella a quien primero compró con su sangre.

En el Antiguo Testamento se encuentra la misma enseñanza en cuanto a la relación entre Jehová y Jerusalén. Es, **en esencia**, la misma relación que existe entre Cristo y la Iglesia. Por lo cual leemos que a Jerusalén se le dice: “Porque tu marido es tu Hacedor; Jehová de los ejércitos es su nombre; y tu Redentor” (Isaías 54:5). Todo el pasaje muestra a Jerusalén levantada de su estado de humillación por la tierna bondad y el gratuito amor de Jehová, quien reconoce como suya a aquella que, al igual que la etíope o Rut, podía ser un oprobio para Él (Isaías 54). Jeremías también presenta a Jehová obrando con la misma gracia y volviendo a tomar para Sí a Jerusalén, incluso después de que ella se hubo mostrado infiel y de que fuese judicial y legalmente rechazada (Jeremías 3). La misma figura se encuentra también en las órdenes que Jehová da al profeta Oseas (capítulos 1 a 3). Él compra a su mujer (3:2), la lava y la purifica, y carga también con el oprobio de una unión con una mujer perdida e indigna. Aún más, en la impresionante descripción que traza Ezequiel (capítulo 16) acerca de Jerusalén, ésta es vista en el estado de degradación más repulsivo; pero entonces, cuando

nadie echa sobre ella una sola mirada de piedad, Jehová no solamente tiene compasión de ella, sino que la vivifica, la lava, la viste, la atavía con adornos, la unge, la embellece y la colma de dones; su bondad no se detiene sino hasta después de haberla tomado para sí mismo: “Fuiste mía”, dice Él (v. 8).

Así también lo vemos en las enseñanzas o los oráculos de los profetas, como en los tipos o las sombras de los tiempos más remotos; todos ellos proclaman el gran misterio de que el **Cordero** —el que sufre— es el **Esposo**, que Aquel que al final hace sentar con él a la Iglesia como su compañera, asociada a su gloria, es el mismo que primero la rescató con su sangre, la lavó y purificó mediante su palabra y su Espíritu, sufrió el oprobio por amor a ella (cf. Lucas 19:7) y descendió a ella cuando ésta se encontraba en su estado de ruina y miseria, antes de poder llevarla junto a él a la gloria.

Tal es el misterio del divino Esposo. Es el misterio de un amor que sobrepasa todo conocimiento: el amor de Cristo por la Iglesia y el de la Iglesia por Cristo. Ella lo ama a causa de todo lo que Él hizo por ella, a causa del doloroso servicio al cual Cristo se sujetó para adquirirla; Él la ama a causa del precio con que la estimó, y por el cual la adquirió. La Esposa estará para siempre junto a Aquel que la amó hasta dar su propia vida por ella. El Esposo verá a su lado a aquella que lo cautivó hasta el punto de impulsarlo a soportar todo, voluntariamente, a causa del amor que le dio, a causa de ese amor que le hizo renunciar a todo aquello de lo cual Él era digno (Mateo 13:45-46). Él la aprecia de una manera suprema, y ella a Él de igual manera, excepto que con esta diferencia: que Cristo le manifestó y probó su amor antes de que la Iglesia fuese suya; pues ya antes había estimado el precio por el cual su amor podía adquirirla. El amor de la Esposa se manifiesta más tarde y ocupa el segundo lugar. Comienza solamente cuando ella conoce todo el amor del Esposo para con ella: “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1.ª Juan 4:19). Por lo tanto

Cristo, como Esposo, así como en todo lo demás, ya sea en gracia o en gloria, debe tener “la preeminencia” (Colosenses 1:18).

J.G.B. (M. E. 1973)

MEDITACIÓN SOBRE EL CANTAR DE LOS CANTARES

(Viene de la página 94)

(Capítulo 4)

**“Ven conmigo desde el Líbano,
oh novia mía;
Ven conmigo desde el Líbano.” (v. 8, JND)**

El Amado quiere tener **con Él** a aquella cuya belleza es maravillosa a sus ojos. El hombre que halló una perla de gran precio, por la cual vendió todo lo que tenía, la quiere tener para sí mismo; su amor, celoso, no puede sentirse satisfecho por ninguna otra cosa. Lo que hay de sublime en este mundo, incluso toda la gloria del Líbano, no es lo que Él quiere para ella. Él solo quiere ser su porción eterna. ¿No nos parece oír ya aquí la voz de Aquel que decía: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria... porque me has amado desde antes de la fundación del mundo”? (Juan 17:24). Él no estará satisfecho sino cuando vea junto a sí, en una eternidad de amor inefable, a aquella por la cual sacrificó su propia vida. Aquí hallamos a los fieles de Israel que tendrán su porción con el Señor y estarán junto a Él en Jerusalén, la ciudad de la cual Él es el “gran Rey”. La Iglesia tendrá su porción en la casa del Padre, o

sea el cielo mismo. Pero no es ni Jerusalén ni aun el cielo los que llenarán los corazones de los suyos, sino el Señor mismo. Sólo su persona llenará todos los corazones y sólo su amada podrá satisfacer el Suyo. ¡Cuán hermosa es esta palabra: “conmigo”! Pronto estaremos con el Señor. Se acerca rápidamente el día en que, dejando esta desolada tierra, disfrutaremos de su presencia; entonces la Iglesia no será una “novia” sino la Esposa misma.

**“Mira desde la cumbre de Amana,
Desde la cumbre de Senir y de Hermón,
Desde las guaridas de los leones,
Desde los montes de los leopardos.” (v. 8)**

El Rey conduce a la amada al monte Hermón. Este monte elevado que domina los confines del norte de la tierra de Israel, frente al Líbano, es mencionado en Deuteronomio 3:9 y 4:48. En este texto, Moisés recuerda al pueblo el lugar hasta donde alcanzaron sus conquistas al otro lado del Jordán. En esos versículos vemos que ese monte era llamado por diversos nombres (Sirión y Senir). Los que no son miembros del pueblo de Dios pueden llamar y apreciar a este monte de distintas maneras, pero aquellos que pertenecen al Amado son los únicos que conocen su belleza y felicidad, pues desde allí contemplan el país con Él. “¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía! Es como el buen óleo... como el rocío del Hermón, que desciende sobre los montes de Sion; porque allí envía Jehová bendición y vida eterna” (Salmo 133). ¡Eternidad feliz alrededor del Amado revestido de sus glorias personales y oficiales, centro bendito de todos los suyos! De Él desciende toda bendición mediante el poder del Espíritu, el que, como el aceite de la unción santa derramado sobre el santuario terrenal, da testimonio de la excelencia de su persona.

Pero hay más; desde lo alto de esta montaña uno descubre el mundo bajo su verdadero aspecto, incluso lo más atrayente, lo

más grande que pueda ofrecer. Allí se encuentran leones escondidos, leopardos ágiles, listos para devorar su presa. Quedémonos, pues, junto al Amado en esas alturas por encima de todas las cosas de aquí abajo. Allí uno se halla plenamente seguro. La potencia de Satanás, quien como león rugiente busca a quién devorar, no podría alcanzar a los que en el monte Hermón permanecen junto al Amado. ¡“**Ven conmigo** desde el Líbano”! ¿Dónde, pues, está Él con su amada? Sobre el monte Hermón, allí adonde Él envía bendición y vida eterna (Salmo 133:3).

**“Prendiste mi corazón, hermana mía, novia mía;
Has apresado mi corazón con uno de tus ojos,
Con una de las gargantillas de tu cuello.” (v. 9, JND)**

Dos cosas caracterizan necesariamente a aquellos que permanecen así junto al Amado y gozan de la excelencia de su persona. En primer lugar, sus ojos están fijados en Él; luego le testifican su amor mediante una santa obediencia que no tiene nada de legalismo, sino que es el fruto natural de ese amor. Solamente en estas condiciones se puede gozar de las bendiciones que están en Cristo. Para Él es un gozo inefable estar rodeado de aquellos que sólo tienen ojos para contemplar Sus glorias y corazón para amarle. ¡“Prendiste mi corazón”! El ojo está fijo en Él y el corazón no puede sino estar sumiso a Él. Hemos visto ya que el cuello nos habla de una sumisión absoluta al Señor y que la gargantilla es la recompensa a esta sumisión. Para José o Daniel, quienes tuvieron la honra de llevar collares, éstos eran la justa recompensa debida a su obediencia a la voluntad de Dios, obediencia que les había acarreado sufrimientos. La amada está sumisa a su Mesías durante el tiempo en que la nación israelita lo menosprecia.

Aquí descubrimos una nueva relación que no había sido mencionada en el Cantar: “Hermana mía”. El Amado está en medio de aquellos a quienes no tiene vergüenza de llamar sus hermanos:

“Anunciaré a mis hermanos tu nombre, en medio de la congregación te alabaré” (Salmo 22:22), palabras que se cumplieron al pie de la letra el día de la resurrección, el primero de la semana. Al oír el mensaje transmitido por María Magdalena: “Vé a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” (Juan 20:17), los discípulos se reunieron y el Señor se puso en medio de ellos. Al ver al Señor se regocijaron, anticipando así la eternidad, cuando el Padre tendrá su familia reunida en su casa para siempre. Ese pequeño número de discípulos, escondidos en un lugar cuyas puertas estaban cerradas, constituían en la tierra una expresión de la familia del Padre y más tarde formaron la Iglesia, la Esposa de Cristo. Estas cosas están escondidas a los sabios de este mundo, pero son muy sencillas para los que aman al Amado; ellos le conocen, gozan de Él y le adoran.

**“¡Cuán hermosos son tus amores,
hermana mía, novia mía!
¡Cuánto mejores que el vino tus amores,
Y el olor de tus ungüentos que todas las especias aromáticas!”
(v. 10, JND)**

Nos sentimos felices de conocer todo lo que el Señor ha hecho a nuestro favor, y más felices aun de saber que somos amados por Él. Pero ¿podemos verdaderamente entrar en el conocimiento de lo que somos para su corazón? Él halla sus delicias en aquellos que le aman; pero, por cierto, ¡Él los amó primero! Su gozo es estar en medio de aquellos a quienes su nombre ha congregado, quienes hacen subir ante Él, cual incienso, un sacrificio de alabanza. Pensamos demasiado poco en el gozo que Cristo tiene en los suyos así reunidos.

(Continuará)

EL TIEMPO DEL DESPERTAR

(Viene de la página 108)

El modernismo

A la par del ritualismo, otra acción obró como una gangrena en el cuerpo de la profesión cristiana. Se trata del modernismo. Este vocablo, aparecido hacia 1850, no llegó a emplearse de un modo corriente hasta después de 1900, cuando se aplicó a movimientos religiosos bien definidos. Pero lo que esa palabra implica existía desde mucho antes, y no es otra cosa que el racionalismo, al cual se lo ha definido como «la razón que se introduce en la esfera de Dios y de su revelación para negar al uno y a la otra, por lo menos de hecho si no abiertamente» (W. Kelly). La razón humana no solamente quiere interpretar las Escrituras según sus propias luces, sino que además rechaza la autoridad de ellas y no quiere recibir más que lo que le parece admisible. Es lo mismo que lo que se ha convenido en llamar «la alta crítica». Esta pretensión es tan antigua como el jardín de Edén. Satanás tiene trampas para todas las disposiciones del espíritu del hombre caído. A la tendencia supersticiosa él le presenta el romanismo y el ritualismo; al espíritu razonador le presenta el modernismo. Ambos anulan la Palabra de Dios; el último mediante sus objeciones incrédulas y el primero a través de la tradición.

Los actuales representantes del modernismo manifiestan, respecto a declaraciones de la Biblia, que ellos se apoyan en descubrimientos hechos por la ciencia en dominios tales como la Geología y la Biología, y, además, que aplican a las cuestiones bíblicas los métodos de la ciencia positiva. Los progresos de la ciencia son inmensos —por lo menos en la escala humana— e indiscutibles en lo que es de su competencia, a saber, el estudio de hechos bien establecidos, pero son el origen de las peores aberraciones cuando, saliendo de los límites de su espíritu, los hombres se vuelven vanos

en sus razonamientos (Romanos 1:21). Se ha probado que las pretensiones de los partidarios de “la falsamente llamada ciencia” (1.^a Timoteo 6:20) fueron profundamente erróneas cuando atacaban las verdades de la Escritura. Hombres suscitados por Dios y tan versados como aquéllos en los conocimientos de los que se prevalecen dichos enemigos del Evangelio, demostraron la falsedad de sus alegaciones y la futilidad de sus críticas acerca de la Palabra de Dios. Es doloroso ver cómo los adversarios de la verdad bíblica reclutan numerosos partidarios y hasta abanderados entre los jefes religiosos de la cristiandad. Si éstos fuesen sinceros ¿no se afligirían al ver atacado el edificio en el que confían almas simples a las que ellos tienen la pretensión de conducir, en lugar de tender orgullosamente la mano a esta obra de destrucción, como verdaderos instrumentos de Sata-nás?

Ya hemos mencionado la «alta crítica» de principios del siglo XIX, cuando la sana exégesis se convirtió en racionalismo incrédulo que trataba como producción totalmente humana a la Escritura cuya inspiración era negada. Estas maléficas teorías, lejos de manifestar la estabilidad propia de “las cosas que son verdaderas”, no han cesado de combatirse mutuamente y de sucederse con una rapidez desconcertante. El racionalismo alemán desempeñó el papel más importante. La tesis del «documento», imaginada por Eichhorn (muerto en 1827) y sostenida por Paulus, para explicar naturalmente los milagros, fue reemplazada por la del «suplemento» de De Wette (1780-1849) ensalzando la interpretación mística del Antiguo Testamento: su «Vida de Jesús», aparecida en 1835, es la obra cumbre de los exegetas incrédulos del siglo XIX. La teoría de De Wette no tardó en ser suplantada por la «hipótesis de cristalización» de Ewald (1803-1873) y de Hupfield, luego echada abajo por otra, la que ganó el favor de Inglaterra por lo menos, «el Plan», de Kuenen, un holandés, y Welhausen (Historia de Israel, 1874). Al ser combatido por la escuela de Maurice Vernes, pierde rápidamente su fama, mientras otro sabio, König, protesta

contra la interpretación de las Escrituras hebraicas hecha por Welhausen. Ese racionalismo fue introducido en Inglaterra por el doctor Colenso (muerto en 1883), cuyas críticas subversivas sobre el Pentateuco y el libro de Josué despertaron una viva oposición. En Francia, donde siempre tuvo partidarios, Colenso influyó sobre Ernest Renan (Vida de Jesús, 1863). También en Francia ciertos movimientos, expresamente calificados de *modernistas*, hicieron su aparición en la Iglesia romana con el Padre Tyrrell y el abad Alfred Loisy. Este último, exegeta de renombre, profesor en el Instituto católico de París, de conclusión en conclusión arribó a las peores negaciones. El papa Pío X reaccionó en nombre de los dogmas y en 1907 condenó a Loisy, quien ya había roto con la Iglesia; la misma condena englobaba a filósofos católicos como Le Roy y Laberthonniere. Como lo había hecho casi medio siglo antes su predecesor Pío IX con respecto al liberalismo (el modernismo de la época) en la encíclica Quanta Cura y por medio del Syllabus (1864), Pío X condenó igualmente, en 1910, el «modernismo social» de Marc Sangnier, muy similar al modernismo intelectual del cual nos ocupamos, ya que su propósito era acercar el cristianismo a las tareas terrenales, el mejoramiento de la suerte de la humanidad, no solamente por medio de la práctica del «bien para con todos los hombres» —lo que es el deber de todo cristiano—, sino también mediante una acción política y social en el mundo. Esto, desgraciadamente, es desconocer la ruina moral del hombre, desconocer que su necesidad primordial es la de un Salvador; es desviar a la Iglesia de su vocación celestial y hacerle perder su sabor como “la sal de la tierra”.

El modernismo, aplastado en sus manifestaciones exteriores, subsiste tanto en los ambientes católicos como en los protestantes, conduciendo poco a poco a una descristianización que va generalizándose o, dicho de otra manera, conduciendo a la apostasía.

De todas las doctrinas que han contribuido a apartar los oídos de la verdad para volverlos hacia las fábulas (2.^a Timoteo 4:4), y a

las que los conductores religiosos se han prestado con complacencia, la más efectiva ha sido la *teoría de la evolución*. Las obras de C.H. Darwin «El origen de las especies» (1859) y más tarde «La ascendencia del hombre» ejercieron una profunda influencia. Sus concepciones fascinaron al mundo científico y, vulgarizadas por la prensa, se tornaron para las masas tan indiscutibles como la ley de la gravedad. Para los verdaderos sabios estas concepciones científicas no pasaron más allá del dominio de la hipótesis; se las admitió a falta de una explicación más plausible¹⁾. Aunque su autor lo negó, el darwinismo ataca ciertamente al Dios creador. La franca incredulidad se apoderó de esta doctrina. Haeckel, ateo confeso, declaró que Darwin «había producido un antigénesis y logrado una victoria deslumbrante sobre los relatos mitológicos y pasados de moda del Génesis». El enemigo tendía evidentemente a desacreditar la revelación divina y hacer tambalear la fe de los santos. Hoy, el mundo de los sabios se ríe del darwinismo, al que la incredulidad lo sustituye con otras especulaciones, de manera que, en el conflicto permanente entre la verdad y el error, una mentira reemplaza a otra, hasta que la copa de iniquidad desborde y Dios intervenga, como lo hará, para hacer resplandecer su gloria.

La levadura racionalista invadió todas las organizaciones religiosas de la cristiandad. Un pastor inglés, eminente no conformista, escribía recientemente: «La Iglesia nacional libre de Gran Bretaña, habiendo aceptado las declaraciones del doctor G., su presidente, no puede ser ya considerada como un movimiento evangélico, pues ella es hoy una corporación de ministros y de Iglesias cuyo confesado designio es ignorar y negar las verdades funda-

1) En las últimas décadas han surgido instituciones y hombres de ciencia cristianos que dedicaron sus esfuerzos a refutar adecuadamente la teoría de la evolución, produciendo abundantes estudios bien documentados, muchos de ellos de elevado nivel académico y de difícil acceso para el hombre común, pero también bastante literatura de lenguaje más simple, accesible al público en general; todo sobre verdaderas bases científicas. (N. del T.).

mentales de la fe cristiana.» Esa gravísima afirmación podría aplicarse a la mayor parte de las Iglesias protestantes actuales, a juzgar por las numerosas declaraciones de sus representantes más autorizados. El racionalismo tomó, en la mayor parte de ellas, un carácter de desprecio vergonzoso por la Palabra de Dios¹⁾.

El campo misionero mismo ha sido contaminado. La obra que tenía tanto valor para todos los que tenían a pechos la salvación de las almas hundidas en las tinieblas del paganismo, se corrompió en manos de los hombres. Tuvieron que ser formadas ligas bíblicas para combatir, en ciertos campos misioneros de la India y de la China, no a los falsos sistemas paganos sino a los extravíos del modernismo llamado cristiano. En muchos casos los comités directores, a su vez infectados por el mismo virus, no pueden o no quieren intervenir. La *Sociedad misionera de la Iglesia anglicana*, por ejemplo, que había sido fundada por hombres que habrían sufrido la muerte antes que negar su fe, ve ahora a sus sucesores negar la verdad y rehusarse a aceptar las enseñanzas de Cristo mismo, acusándolas virtualmente de ignorancia y oscurantismo. Aquellos que no quieren seguirles en ese camino de apostasía han creado la *Sociedad misionera bíblica de la Iglesia anglicana*, sobre la base de la fe en la entera Palabra de Dios. ¡Triste espectáculo el que ostentan hoy, de una manera general, las Iglesias originadas por la Reforma!

Así se prepara la apostasía final de todo el gran cuerpo profesante, la que tendrá como desenlace las aguas del juicio (Apocalipsis 18:21). La cristiandad entera llega ya al final del tiempo de la paciencia de Dios. Rechazó la luz que Dios derramó con abundancia en el siglo pasado y tendrá como fin la noche eterna.

Las sectas

Otro aspecto de esta cristiandad es la multiplicidad de sectas que

1) Recordemos que este trabajo fue escrito antes de 1937 (N. del E).

nuestra época ha visto nacer y prosperar, muy diversas en importancia, en doctrinas y en manifestaciones. Se ha podido definir como secta a «toda corporación religiosa fundada sobre un principio distinto del de la unidad del cuerpo de Cristo». Pero entre ellas existen sistemas de mentiras que, prevaleciendo de pasajes o expresiones tomados de la Biblia, ponen en lugar del Evangelio productos de la imaginación humana y arrastran a las almas engeguedas a la apostasía. Estos sistemas que extienden cada vez más sus redes diabólicas sobre el mundo religioso, sólo pueden ser calificados como «sectas de perdición». A ellos pertenece la *Ciencia cristiana*, el *Mormonismo* (Santos de los últimos días), el *Adventismo del séptimo día*, la *Aurora del milenio* y sus derivados, así como los *Testigos de Jehová*.

Graves errores antiguos como el Nihilismo, el Condicionismo y el Universalismo reaparecen y se difunden. El *Espiritismo* hace grandes progresos en todos los países. Pretende poner a sus adeptos en comunicación con los espíritus de los muertos; en realidad son los demonios quienes toman posesión de aquellos que han rechazado la verdad del Evangelio y preparan así a la cristiandad caída para recibir al “hombre de pecado” (2.^a Tesalonicenses 2:3).

Muchos verdaderos hijos de Dios se dejan seducir por el llamado *movimiento de santidad*, inaugurado por las predicaciones de Pearsall Smith (hacia 1870), quien pretendía alcanzar un estado de perfección moral caracterizado por la ausencia del pecado en el creyente. Las apremiantes exhortaciones de la Palabra de Dios acerca de la vigilancia, a causa de la presencia del pecado en la carne mientras estamos en nuestro cuerpo, señalan la falsedad de ese sistema.

Finalmente, por todos lados se ven surgir hombres que declaran poseer el don de hablar en lenguas y sanar mediante la imposición de manos. Esto es —dicen— un retorno a los milagros de Pentecostés. De allí el nombre de *Pentecostalismo* dado a un movimiento nacido del Despertar en el país de Gales a principios del

siglo XX, el que fue amplificándose y presenta diversas tendencias. Muchos hijos de Dios que se vinculan con este movimiento, por sinceros y celosos que sean en cuanto al Evangelio, hallan a su lado elementos dudosos, y los excesos y demostraciones espectaculares de personas exaltadas (sesiones públicas de curación, etc.) han hecho más mal que bien a la causa del Evangelio. Guardan los puntos fundamentales de este último, pero muchas de sus afirmaciones doctrinales no soportan la luz del Nuevo Testamento.

No nos sorprendamos de que haya tanta actividad errónea en la casa de Dios. Al contrario, tales comprobaciones no harían sino confirmar, si fuera necesario, la Palabra, la cual declara que “los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados” (2.^a Timoteo 3:13). Estemos en guardia, y “el que piensa estar firme mire que no caiga” (1.^a Corintios 10:12).

Algunos rayos de luz

En medio de las tinieblas cada vez más grandes que caracterizan el fin de la historia de la Iglesia en este mundo, consideremos una vez más el hilo de plata de la gracia, cuyo trazo ya hemos podido seguir y que prosigue invariablemente su curso hasta el retorno del Señor. Es consolador desviar un tanto nuestras miradas del trabajo destructor del espíritu humano, engañado por el adversario, para fijarlas sobre la bendita actividad del amor de Dios, quien no cesa de obrar maravillas durante el tiempo de su paciencia. Evidentemente, se trata tan sólo de algunos rápidos vistazos echados aquí y allá sobre estos rayos luminosos del período que se extiende desde el Despertar de la primera mitad del siglo XIX hasta la postguerra de 1914-1918.

Las misiones

La obra de las *misiones*, sobre todo en países paganos, debe

atraer nuestra atención. Numerosas sociedades misioneras vieron la luz en el siglo XIX, y la mayoría de ellas en la primera mitad¹⁾. La *Iglesia morava*, que nos ocupó anteriormente, se distinguió en esta actividad.

Un gran número de misioneros, actuando bajo la dependencia de Dios, siguieron los pasos de A.N. Groves, quien se consagró a esta obra y pasó muchos años de trabajo en la India. Recordaremos también los nombres de Martyn, de William Carey igualmente en la India, de A. Judson en Birmania, de Robert Moffat y de David Livingstone, quienes trabajaron con una perseverancia admirable en el sur del África, de F. Coillard en la región del Zambeze, de los misioneros de Madagascar; de John Paton, a quien se le dio el sobrenombre de «apóstol de las Nuevas Hébridas»; de Alex Mackay; de Hudson Taylor (1832-1905), fundador de la *Misión interior de China*, la que ocupó un gran número de obreros en este vasto campo de trabajo; de Ch. Studd, etc. Todos eran hombres notables por su piedad, sus dones, sus energías y su entera consagración al servicio del Maestro. De muchos de ellos se puede decir que, aunque muertos, hablan todavía y que “sus obras les siguen”.

En Rusia

En el continente europeo, devotos servidores llevaron el Evangelio a los desheredados, particularmente en Rusia. Un distinguido cristiano de origen inglés, lord Radstock, permaneció allí muchos años y su predicación fue una bendición para muchos, especialmente en la ciudad de Petrogrado²⁾. En la alta sociedad, como entre los humildes, el Espíritu de Dios trabajó con poder, en parti-

1) La «Sociedad misionera de Londres» (desde 1715), la Sociedad de misiones de Basilea» (1815), la «Sociedad de misiones evangélicas de París» (1824), etc.

2) Hoy San Petersburgo (N del T.).

cular después de 1874, y, entre otros, trajo al conocimiento de la gracia divina al coronel Paschkov, de la Guardia Imperial, al conde Bobrinsky, que fue ministro del Interior, y al conde Korff. Transformados en humildes creyentes, estos hombres llevaron el Evangelio a los diversos lugares donde la puerta les era abierta, de modo que la bendición se extendió ampliamente en ese tenebroso país. Pero el enemigo velaba. Cuando Pobiedonostzef, gran adversario de la naciente obra, llegó a ser procurador del Santo Sínodo, persiguió con todas sus fuerzas a los testigos del Señor. Se le puede considerar como uno de los grandes instrumentos de los que se valió Satanás en el curso de los siglos para tratar de apagar la antorcha de la verdad. Se pudo afirmar que, durante sus veinticinco años de actividad, ese procurador hizo más daño a la verdad que la mayoría de los emperadores romanos de los primeros siglos.

Los miembros de la aristocracia que habían confesado a Cristo fueron exiliados, pero Dios prosiguió su obra de gracia entre los campesinos rusos, a los cuales se les dio el nombre de *Stundistas* (del alemán *Stunde*, «hora», alusión al tiempo durante el cual se reunían). El movimiento empezó entre los colonos alemanes, luego se extendió entre los mujics rusos, a quienes Alejandro II había concedido cierta medida de libertad, la cual les fue retirada por su sucesor a raíz del asesinato de su padre el emperador. A partir de ese momento, los testigos del Señor tuvieron que atravesar las aguas profundas de la aflicción por Su nombre. Exiliados en Siberia, encarcelados, torturados, siguieron las pisadas de la “gran nube” de aquellos que en tiempos antiguos “no aceptaron el rescate para obtener una mejor resurrección” (Hebreos 11:35-39).

A despecho de todos los esfuerzos del adversario, la obra del Espíritu de Dios prosiguió en Rusia. Millares de almas fueron llevadas al conocimiento del Señor y centenares de asambleas de sencillos creyentes se formaron fuera de la Iglesia oficial. No tenían sino un conocimiento imperfecto de las verdades de la Palabra de Dios en cuanto a la reunión de los creyentes alrededor del Señor,

pero su amor, su fe y su celo eran notables. Durante cierto número de años, devotos cristianos de otros países, tales como el Dr. Baedeker, habían obtenido del gobierno imperial la autorización para distribuir la Biblia en Rusia. Recorrieron este país en todas direcciones y, con la ayuda de la *Sociedad británica y extranjera*, esparcieron las Sagradas Escrituras en abundancia. Éste fue por cierto el medio que Dios empleó para hacer brotar su obra de gracia en miles de corazones.

Cuando sobrevino la revolución y fue proclamada la libertad de conciencia en marzo de 1917, la obra se propagó maravillosamente en este vasto país. Pero el poder ateo que se estableció no podía sino levantarse contra lo que lleva el nombre de Cristo. «Vosotros sois cinco millones —dijo un día uno de los jefes a un cristiano evangélico ruso—; sois demasiado numerosos. Constituís para nosotros un peligro al que le vamos a poner orden».

Entonces, alrededor de 1928 comenzó una espantosa persecución contra la mayoría de aquellos que conservaban el nombre de cristianos en Siberia. Deportación de poblaciones enteras, masacres, torturas, no se ahorró nada para hacer desaparecer de este país la luz del cristianismo. Sin embargo, sabemos que el terrible poder de Satanás está bajo el control soberano del Gobernador del universo y que, muy pronto, el Dios de paz aplastará a Satanás bajo nuestros pies (Romanos 16:20). Entre tanto, mientras dura el día de Su paciencia, prosigue, a despecho de todos los obstáculos, su obra de gracia en muchos corazones. Los creyentes, en gran número, se congregan en lugares apartados, en sótanos, en refugios secretos, para edificarse y alentarse mutuamente mediante la oración y la lectura de la Palabra. Saben por experiencia lo que, antes que ellos, encontraron los testigos fieles de los cuales leemos: “Experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles... de los cuales el mundo no era digno” (Hebreos 11:36-38).

(Continuará)

*En noche triste, amarga, por Judas entregado,
y creciendo la carga que habías de llevar,
un recuerdo que aviva al corazón has dado,
¡oh Jesús!, de tu vida, hasta tu regresar.*

*Te vemos en el huerto, en el suelo postrado;
elevando tu ruego, solo en tu gran dolor;
pues ¿quién en su agonía, del Padre el cáliz dado
a sus labios podría llevar el amargor?*

*Mas del luchar cruento, el fin es la victoria;
del Padre el santo intento, sumiso has de cumplir;
del amor ¡don supremo!, harás brillar la gloria,
y hasta el suplicio extremo por nos vas a sufrir.*

*Hacia la cruz maldita, Tú, el Santo, caminas,
llegó la hora inaudita de ir, firme, al altar;
Cordero en cruz clavado, el pecado Tú quitas,
Dios es glorificado, puede al hombre salvar.*

*En Ti mismo ya vemos del grande amor las prendas,
por tus llagas tenemos la vida y salvación;
hasta la gran victoria cuando del cielo vengas,
hoy tu Iglesia, la gloria te da y su adoración.*

“Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente; quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados.” (1.^a

Pedro 2:21-24)